

**DOCUMENTOS**

TERAPIA  
GRÁFICA

Confinamiento:

*Pena que consiste en obligar a alguien a residir en un lugar diferente al suyo, aunque dentro del área nacional, y bajo vigilancia de la autoridad.*

*La palabra “confinamiento” está formada con raíces latinas y significa “acción o resultado de encerrar dentro de un límite”. Sus componentes léxicos son: el prefijo con- (todo, junto), finis (límite, frontera, fin, final, confín), más el sufijo -miento (instrumento, medio o resultado).*

*( <http://etimologias.dechile.net>)*

**UN CONFINAMIENTO ESTRICTO (ESTRICTO PUEDE** ser sinónimo de violento), posibilita percibir los otros trazos, las fronteras y los límites admitidos en silencio o con celebración en lo que describimos como vida diaria.

El aliento en estas circunstancias nos arriba en el formato de reinención, recapitulación, reingeniería: una sucesión inquebrantable de **“re”**, donde participamos como espectadores y actores. Discutimos si lo que especulamos era o no un guión propio. También, en este chance ideológico de rebobinar, consideramos como posible alterar con otra intención la mirada al suelo, el disgusto que se deslizó entre los días y dedos, o el color u olor inadecuado pese a nuestras propias advertencias.

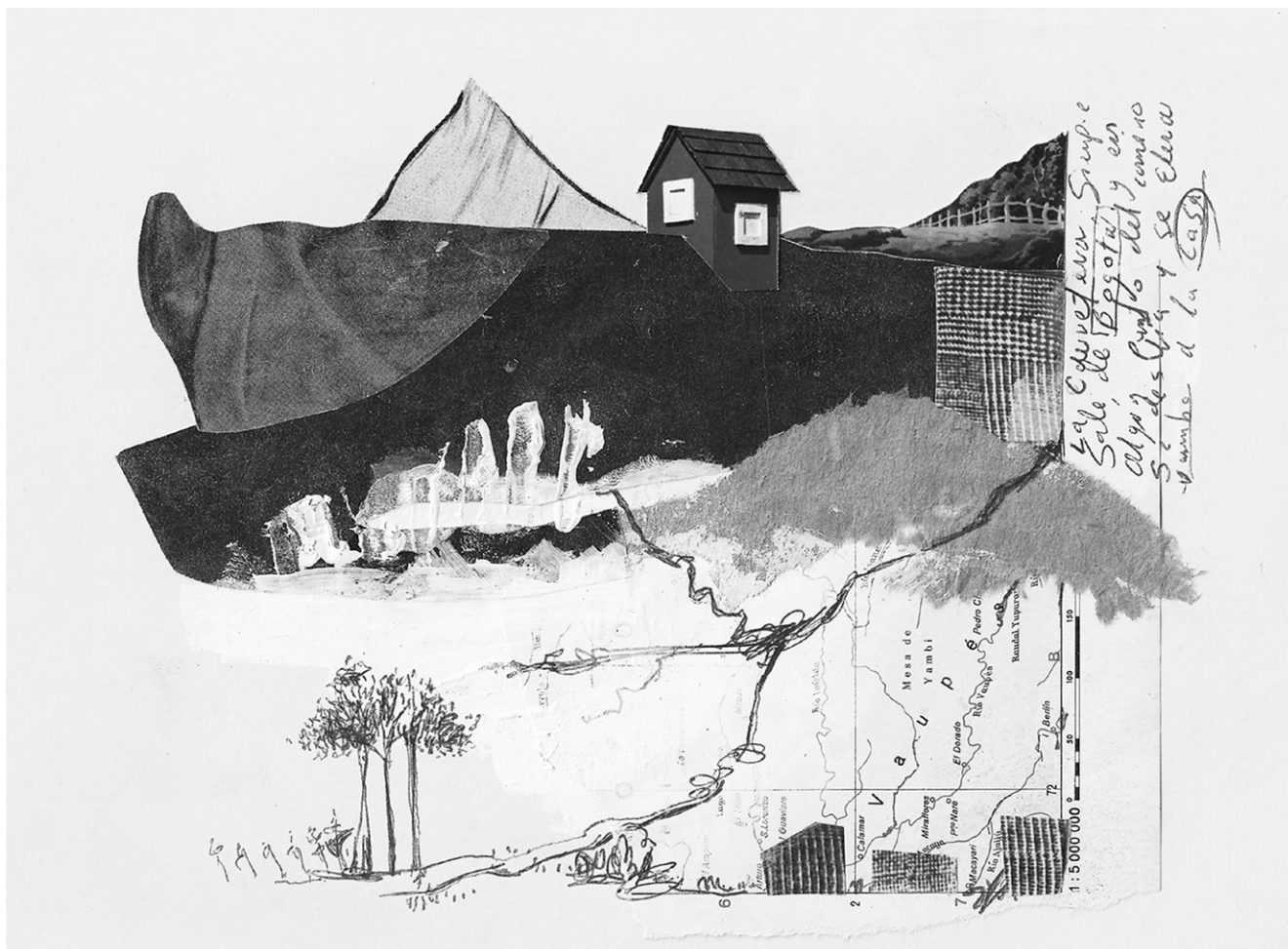
Sobre esta experiencia de confinar y proyectar a ojos cerrados el afuera propio y el del hogar, presentamos cuatro propuestas que estuvieron activas como proyectos de **Imagen Ilustrada** en diferentes momentos del encierro y la pandemia en Bogotá.

**Se trata de TG o Terapia Gráfica**, última etapa en el semillero de ilustración **AQUÍ NO HAY ARTISTAS.**

Compartimos con ustedes cuatro de los resultados terapéuticos de los últimos cohortes, en clave de pensar y repensar el cuerpo y el espacio, tema siempre presente y más en el ahora que habitamos.

Julián Velásquez Osorio. Director Semillero ANHA  
PTC. ÁREA DISEÑO VISUAL E INTERACTIVO.

Para ver otros proyectos: [LINK](#)



## CARTACOETHES, mapas que viven dentro y fuera de mi cabeza

Revisando los dibujos que hacía de pequeño y comparándolos con los que aún sigo haciendo, me di cuenta de que entre garabatos y manchas de color se repetían casas, casitas, casonas, pasto, más pasto y una que otra montaña.

Patrón, simple coincidencia, o como lo veo ahorita, un posible ¡tierra a la vista!

Recuerdo que dibujaba los lugares que recorría con frecuencia, el bosque de mis abuelos, la casa rosada de mi primo o los edificios donde trabajaba mi papá; inventaba un gran vecindario donde colindaban todos ellos. No me interesaba copiar fielmente el mundo que me rodeaba, simplemente me interesaba pensar en él, pensar en aventuras, en historias donde el personaje principal era el lugar: un cuerpo con piernas, brazos y boca.

Me gusta comenzar siempre contando esa pequeña historia, ya que esta colección de mapas que presento guarda una enorme relación con los lugares en los que crecí, que encontré, que me fueron compartidos y, sobre todo, que hoy quiero compartir.

Al crecer seguí dibujando lugares, tan parecidos y tan lejanos a esos espacios que nunca se fueron de mi mente, que se quedaron para ser explorados, conquistados y graficados

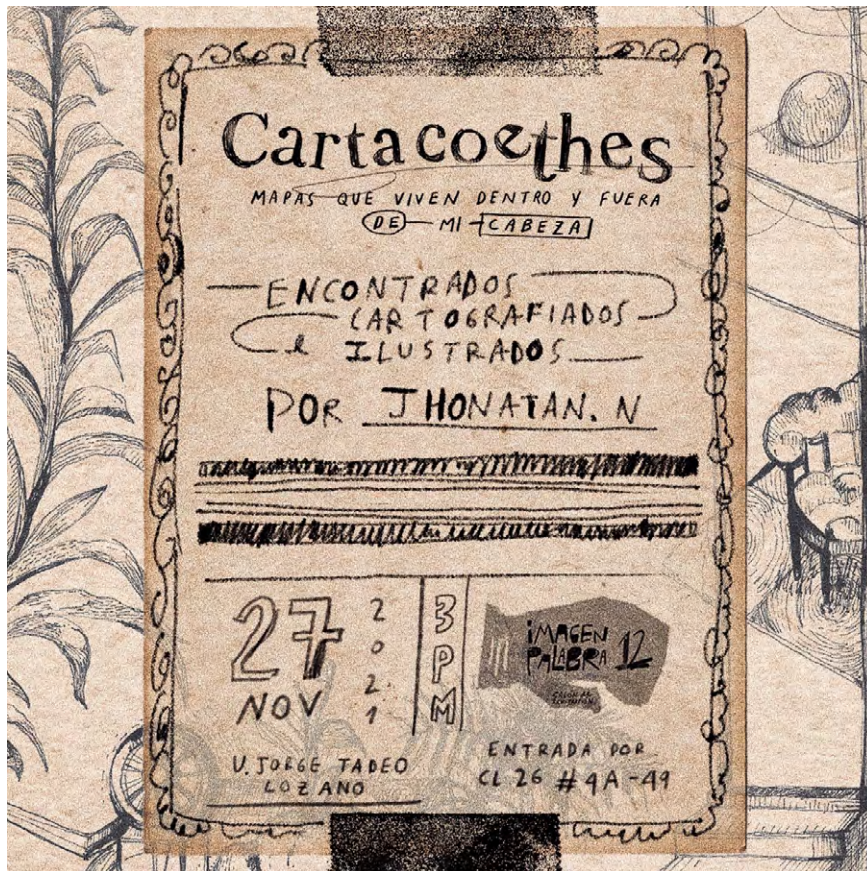
en el papel. Lugares que, entre bocetos, charlas y descripciones, dialogaron con discursos de Foucault, Derrida y Jennings sobre los «lugares reales fuera de todo lugar».

A decir verdad, paralelo al encuentro con discursos heterotópicos en medio de varias investigaciones, también me he topado con relatos del presente que vienen de dibujantes urbanos de Bogotá, o como yo los llamo, geógrafos de la capital, que, al igual que yo, se sienten atraídos por la exploración del espacio. Creo que esa es la verdadera razón por la que decidí compartir estos mapas, lo veo como una forma de encontrar, en la imagen ilustrada, en las manchas y en los mapas, un espacio común que nos permita develar esas historias ocultas enmarcadas en el relato territorial, una forma de habitar el espacio no solo de manera geográfica, sino también de manera emocional.

Finalmente, semanas y varios meses después de haber desarrollado mi proyecto de grado, sigo reflexionando sobre uno de los detonantes iniciales del trabajo realizado: **el otro**, variable que he observado desde la distancia, en comunidad y posteriormente en encuentros y charlas donde la ilustración es el medio por el cual sigo nutriendo esa inquietud que una vez nació por el interés del dibujo urbano.











## Lo inesperado no es el fin, es el inicio

¿Qué sucede cuando se encuentra la sorpresa de un error? Me enseñaron durante mucho tiempo que está mal equivocarse, que hay que tachar, borrar, corregir, incluso negar esa parte que de todas formas me pertenece. Fue hasta que empecé a estudiar diseño gráfico que me adentré a lo que se conoce como proceso de creación y ahí descubrí que este es un espacio muy parecido a la vida, a la identidad y la historia de cada persona: está lleno de aciertos, emociones, recuerdos, pero, sobre todo, de cosas que no resultan como uno las espera. No existe nada más difícil que querer resistirse a un suceso que nos reta a un resultado que no teníamos como opción.

Dentro de mi carrera de diseñadora gráfica y, específicamente, en los procesos de dibujo e ilustración fui comprendiendo que el error no termina como lo hacía en el colegio. Simplemente porque en un proceso de creación no existen las fórmulas exactas. El error no es un límite sino una puerta, una oportunidad para avanzar o descubrir algo. Hay que permitirse abrazar los aprendizajes que vienen de los propios errores y quitarles a estos la categoría de malo.

Y es que todo esto se parece a la vida, al 2020 que representó un sinnúmero de sucesos inesperados de los que, en medio de todo, algo sucedió.

Es así como frente a lo inesperado se puede responder con una mirada creativa como lo es el juego. Uno de los aspectos que considero más importantes en el desarrollo

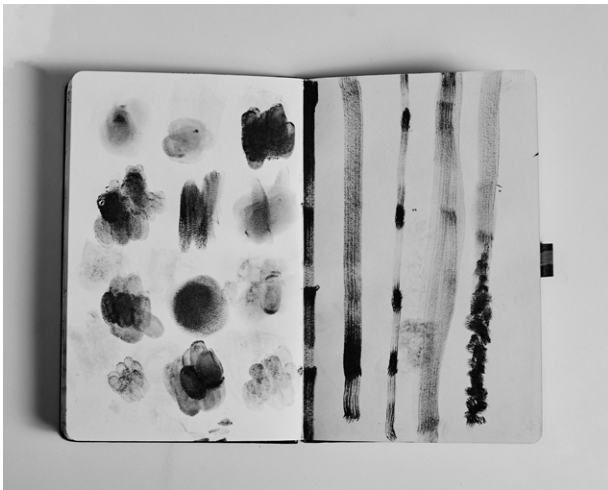
del proyecto «Blanco y yo» fue el diseño como un medio para observar de manera creativa una necesidad o un problema. Uno de mis intereses partía por acercarme al proceso de creación en el dibujo, específicamente en niños de 9 a 10 años. Fue interesante encontrar que por lo menos a los nueve años no se le teme al error, como en mi caso de estudiante, sino que el miedo viene del no saber cómo hacer algo que parece complejo. Al jugar con la mancha, ese trazo imperfecto que tiene múltiples posibilidades se descubre una forma, y es así como un «error» no es el fin sino un inicio.

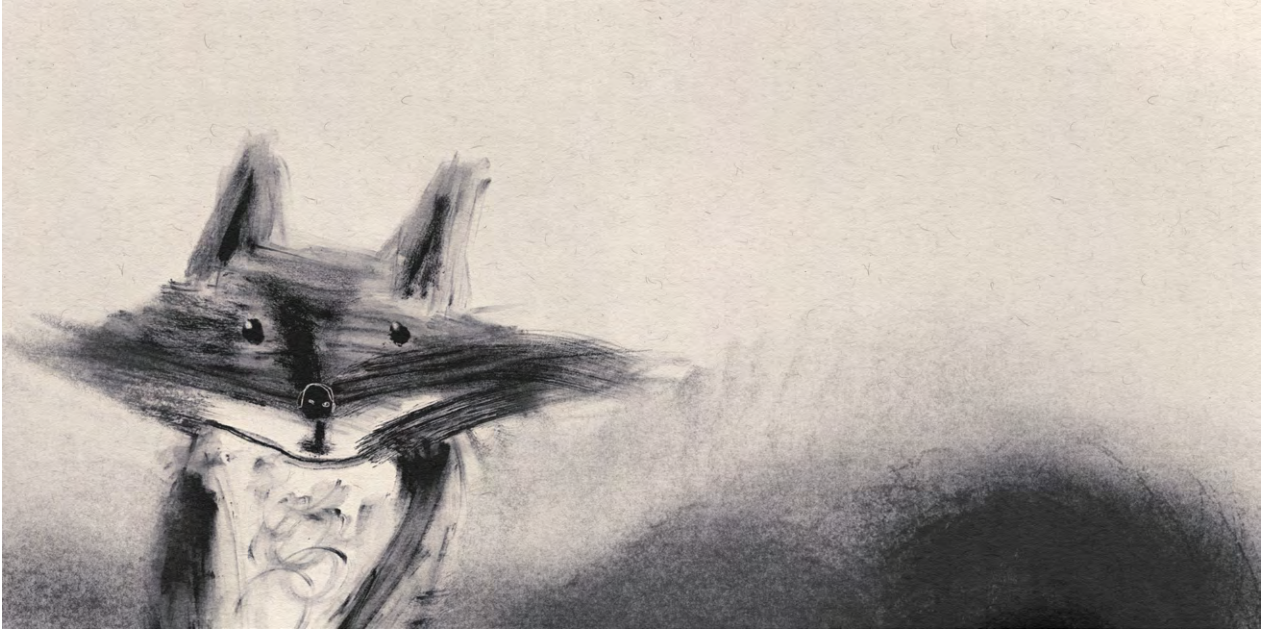
Pero, ¿dónde pueden habitar todos estos descubrimientos?

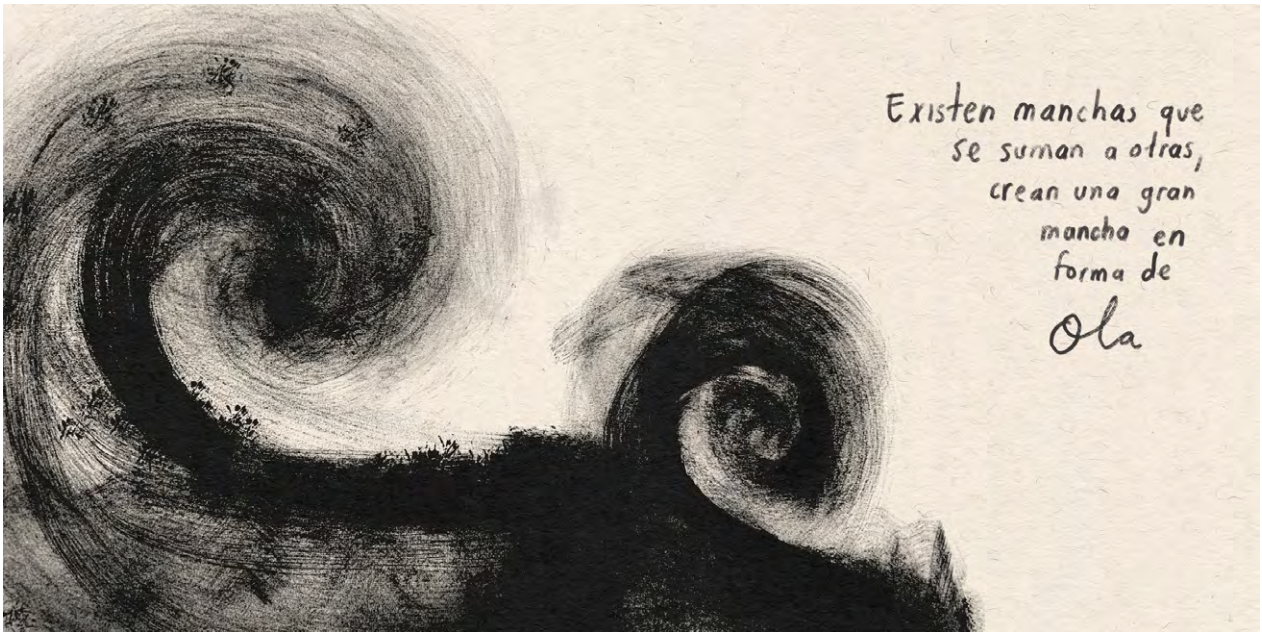
El libro álbum para mí es un mundo que nunca es el mismo. Allí habita una historia que cada vez que se abre muestra algo diferente. Decidí prototipar un lugar dedicado a la mancha. Porque como lo menciona Galia Ospina, una de mis autoras principales para el desarrollo de este proyecto, esta pieza editorial tiene un fin comunicativo pero también pedagógico de cercanía con el lector.

Este proyecto en sí mismo, desde su fase de planteamiento hasta la fase de evaluación, fue un salto al vacío, una entrega completa a recibir sorpresas, que con el tiempo tomaron formas de montañas, casas, rostros, manos manchadas, pinceles gastados. Pero que no podría ser posible sin estar abierto a los imprevistos.















## EXP: El Jardín Mudo

¿Acaso me he perdido antes de comenzar?

La verdad es que el jardín no tiene un inicio ni un fin, solo espera dejar de serlo cuando hay palabras visitando su silencio. Todo parece haberse convertido en una cosa: un Jardín Mudo. Pero aquí puede haber mucho más.

Los pasillos se secan, las mesas se llenan de bichos que zumban en las noches en los oídos y a nadie dejan dormir. El silencio es un fantasma bautizado enfermedad mental. Y todo desde entonces se ha llamado tal cual. Cada habitación se ha llenado de espinas y cada ser, día a día, se dejó de hablar/regar un poco. Para que el riego vuelva, la casa debe quitarse su máscara y volver a ser jardín: volver a decirse en sus paredes, volver a enredarse, exponerse a sí misma, reconstruirse con sus habitantes y lo que tienen por contar.

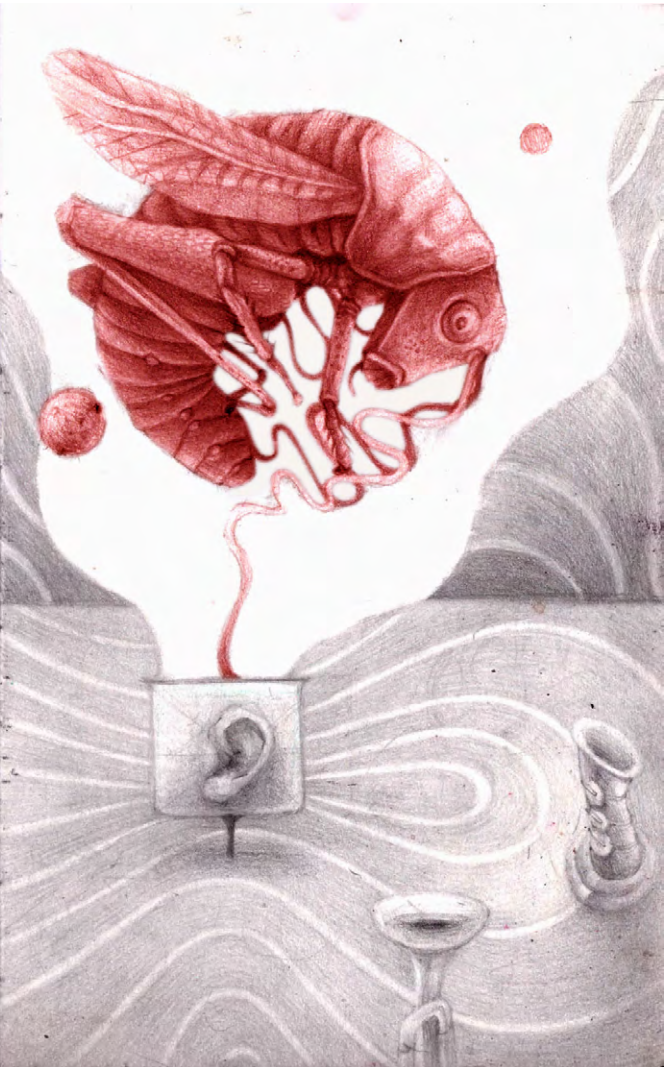
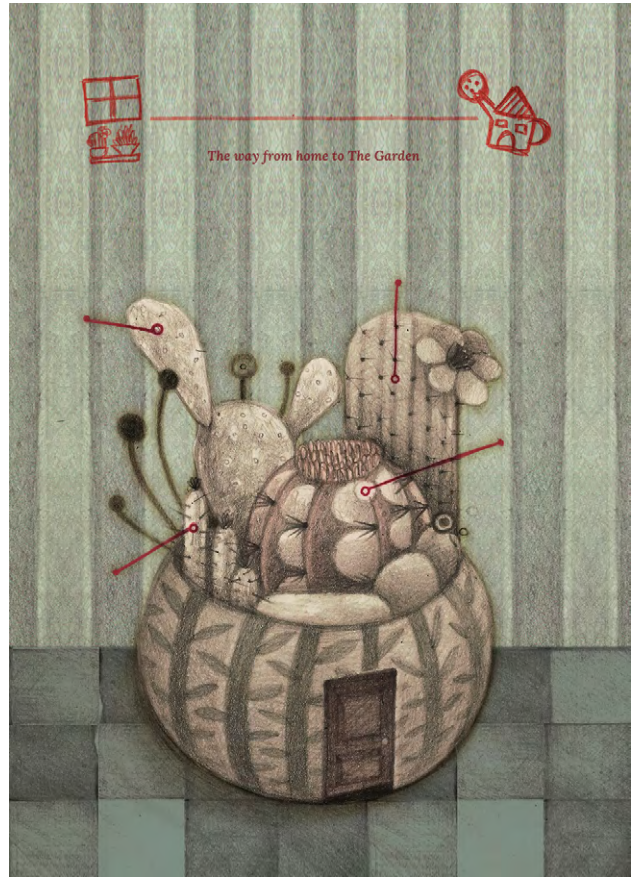
A las 7 p.m. del 30 de octubre del 2020, un apartamento en un conjunto residencial al sur de Bogotá apaga sus luces y se ilumina un cálido e intenso jardín. Carente de palabras y lleno de experiencias cosechadas meses atrás en una investigación furtiva y por momentos evidente, sobre este lugar escondido que nos invitaría a una expedición necesaria. Pareciera que el jardín fuese una creación o resultado de esta búsqueda. Sin embargo, queda muy alejado de esto. En realidad, el jardín se construyó a sí mismo desde el primer acceso que nació en el hogar que era antes, aunque años después, luego de abandonar cada habitante este hogar, se pudo entender que el jardín siempre ha existido.

La expedición es la salida de espacios comunes, de mentes que divagan entre sus silencios para escapar, omitir, o encontrar. Escondidos entre espinas y tierras secas, los recuerdos que hagan de maceta para una flor marchita.

Entrar al Jardín Mudo resulta ser menos complejo que reconocerlo. Sus paredes son el canon de cualquier apartamento con un techo punteado y espacios estrechos, parece difícil o casi imposible evitar el roce. Sin embargo, es en esa «imposibilidad» que nace un roce mayor, un silencio intencional que resuena en el cierre de las puertas, en la radio a todo volumen, en los escapes disimulados, en las excusas, en los diagnósticos. Y cuando, un día, ya no hay oportunidad de escape...

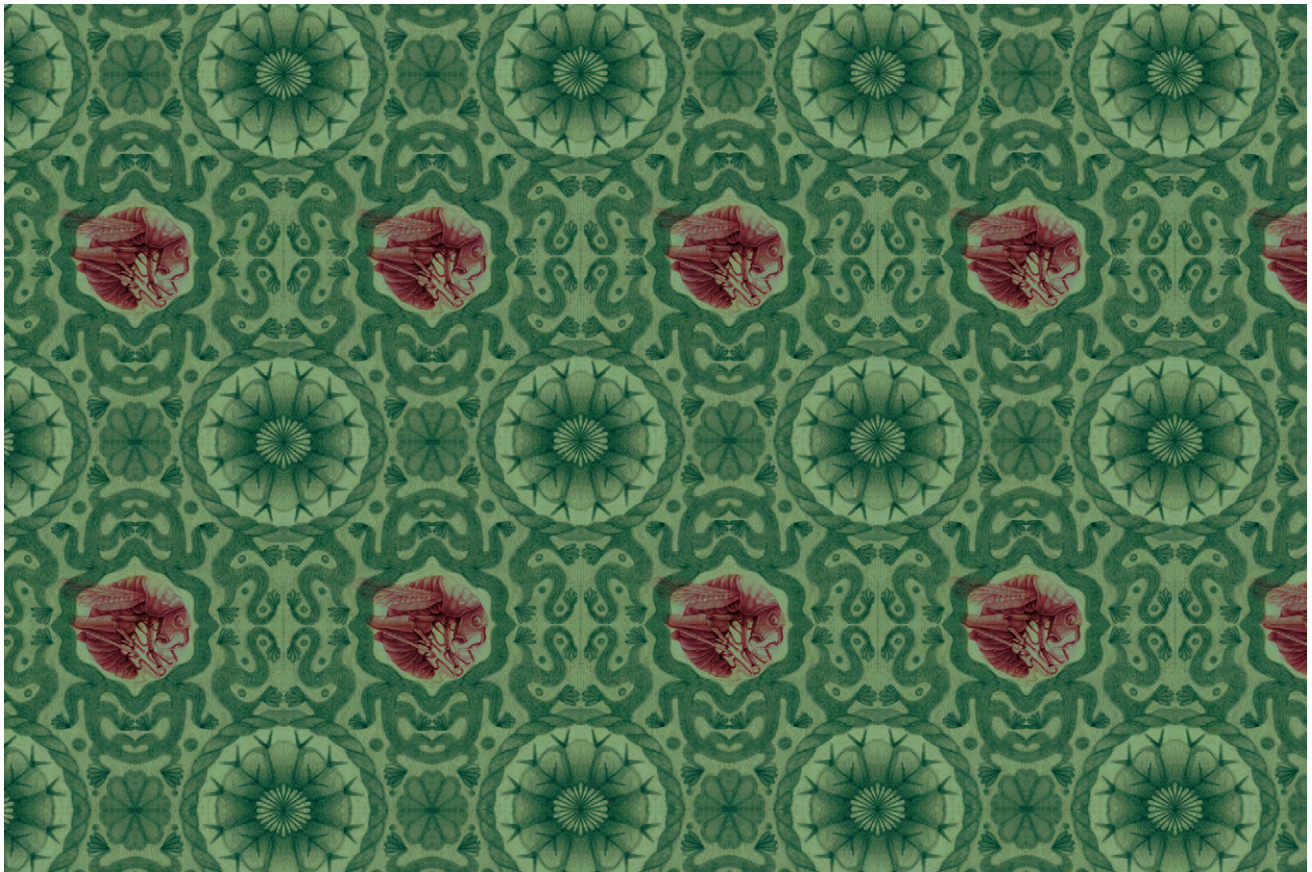
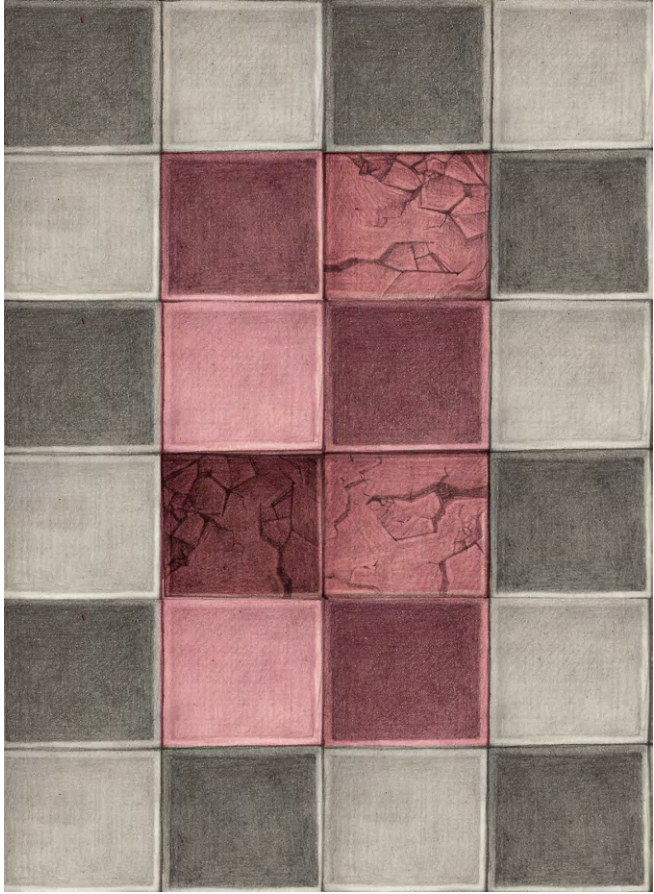
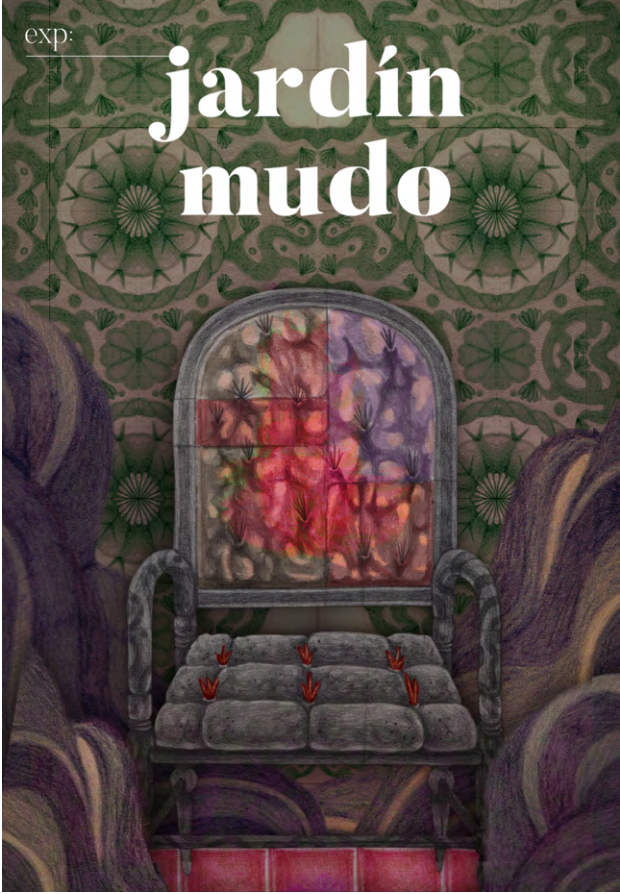
En el Jardín Mudo cabe el mundo entero. Es, quizá, el mundo mismo u otro más... En este hemos sido plantas, y nuestras palabras frutos. Cada viajero es un alma que deambula, cuyos espacios y definiciones no caben en esta guía. El Jardín Mudo es mudo porque aquí todo se calla, y callar es la plaga que los ha apartado de la fuente, de otros rastros, de otras charlas hasta en los silencios y las mentiras. Es un Jardín Mudo aunque puede hablar a sus exploradores cuando estos buscan escucharlo y vierten sus recuerdos en las plantas que son ellos mismos.

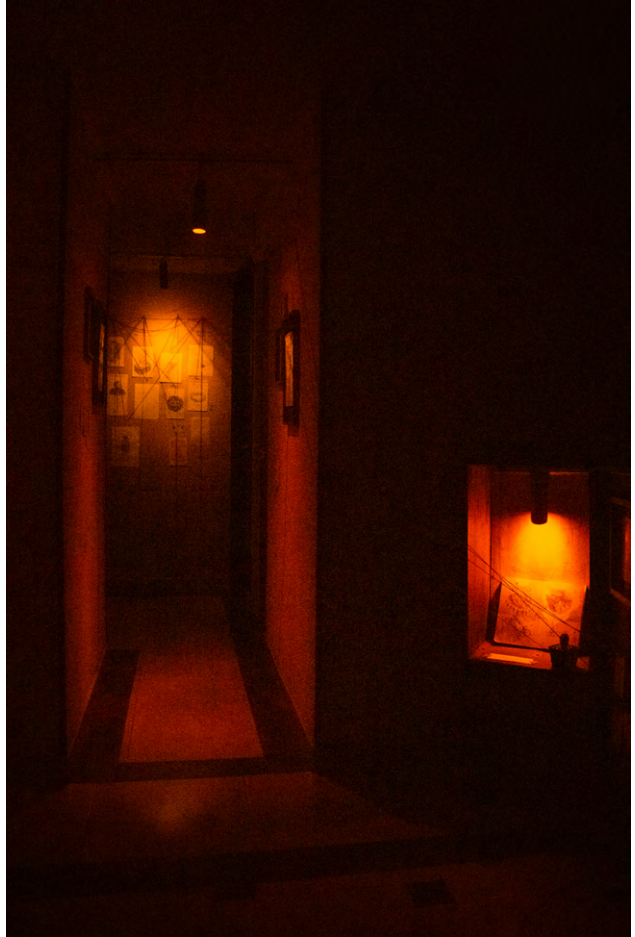
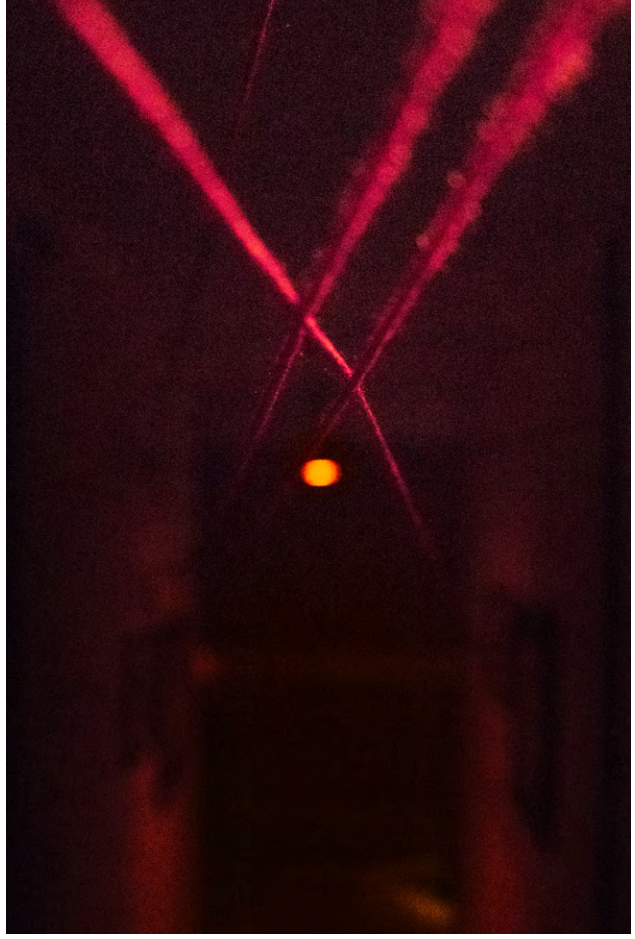
Entre el calor de un abrazo propio y la luz del otro, el jardín invita a viajar a quienes acceden a este. El acceso es una promesa de otro tiempo quizá, cuando aún el jardín era solo una casa, y para aceptar la invitación, las palabras deben estar atadas a quien viaja y quien viaja debe estar atado a su mirada. Nunca se viaja solo en el jardín, porque quien entra al jardín es el jardín, y este solo pide ser regado al llegar. No se salva de su destino ni se acaban sus mal llamados viajes, pero se riega y el riego es una contemplación efímera y sugestiva como espejo de cada quien y puente para la experiencia del otro.

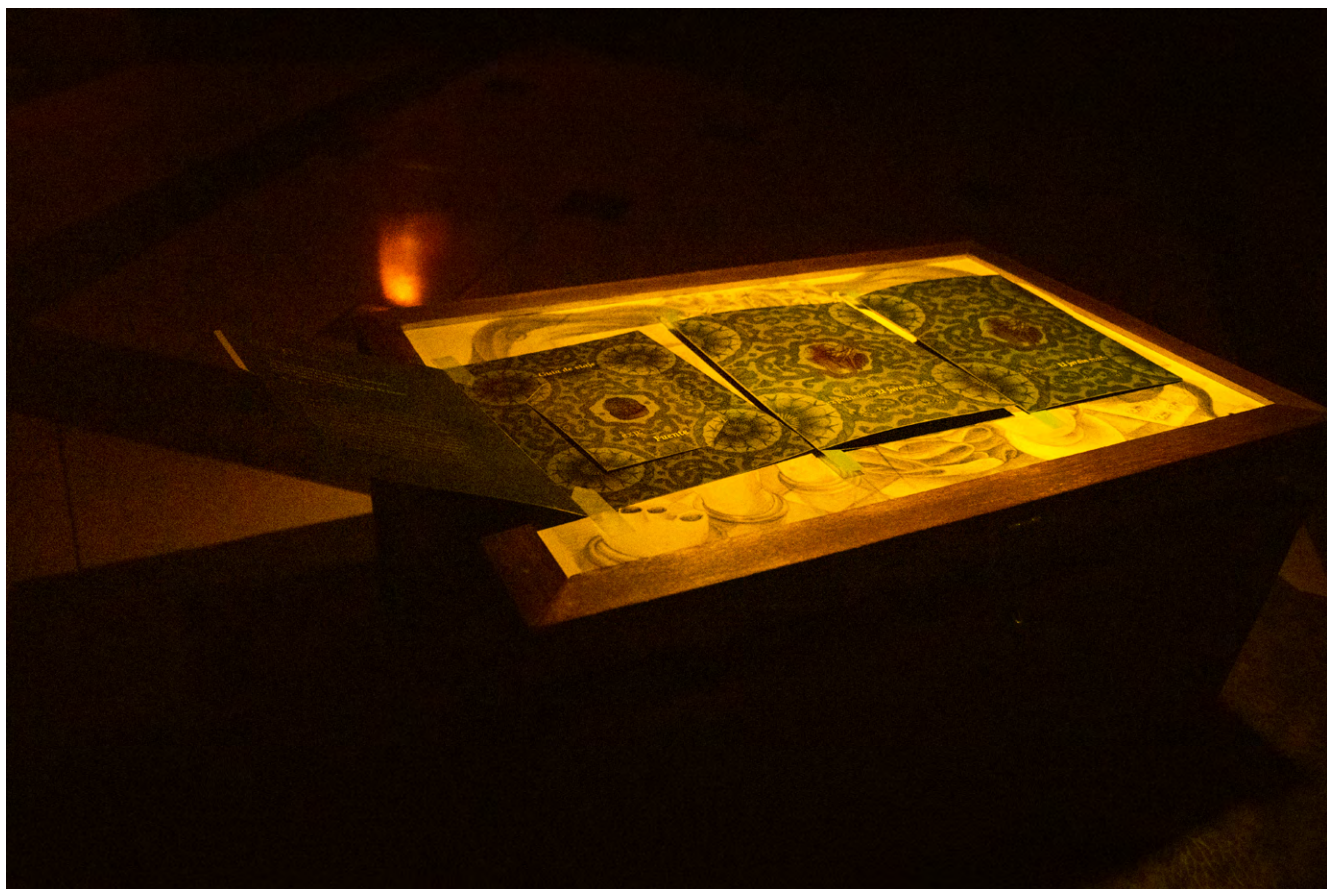
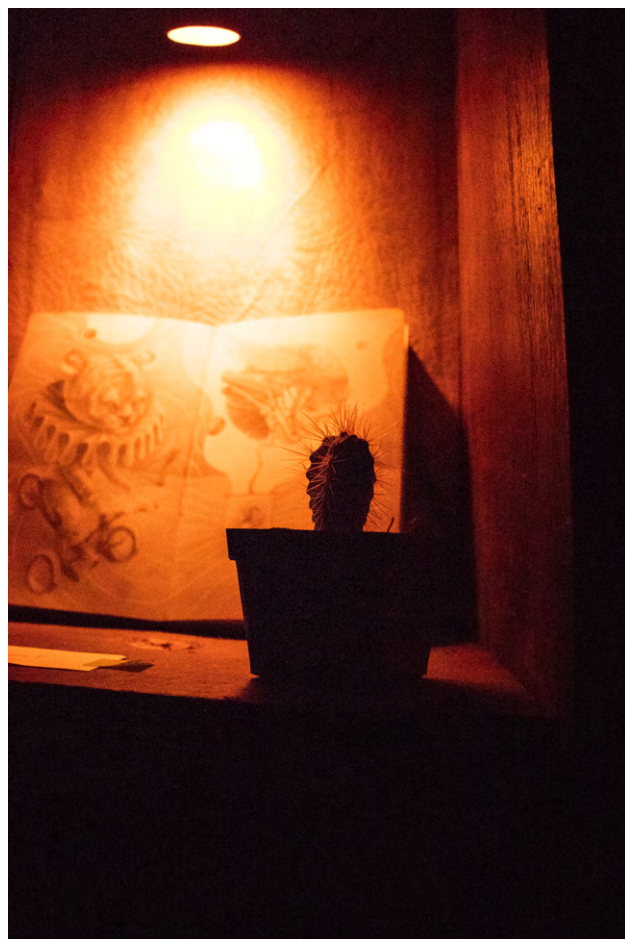














## Procesos colectivos en tiempos de pandemia

Desde hace bastante tiempo he tenido inquietudes e incomodidades respecto a la realidad que me envuelve a diario. He estado múltiples veces en situaciones en las cuales me he visto obligada a molestarme por no ser escuchada ni tomada con seriedad. Y es entonces como el inicio de la pandemia y de la crisis sanitaria que surgió con esta trazara un antes y un después en mi trabajo, puesto que lograron enfrentarme a solas con las preguntas que llevaba cargando con anterioridad: ¿qué iba a pasar ahora? Eso no lo sabía con claridad, pues lo único que tenía en mis manos era pura rabia.

Es así como en estos procesos de introspección, en un momento en el que todo era nada más que apocalipsis, me obligaron a generar una compulsión al producir imágenes que hablaran de esas cuestiones que tanto transitaban por mi cabeza: ¿por qué existe una brecha enorme entre dos géneros que se enfrascan en una binariedad?, ¿en qué momento dejamos la búsqueda subjetiva «propia» por asumir identidades pre-escritas para responder ante las lógicas del sistema capitalista?, ¿cómo el tener la conciencia de algunos de estos cuestionamientos iba a permitir una emancipación progresiva de estos mismos? La rabia que siempre ha acompañado estos pensamientos ha sido la detonante para empatizar e identificarme con otras personas que podían encontrarse en situaciones similares a la mía.

El encierro y la incertidumbre, al replantear el concepto de habitar o no con otras y otros un espacio físico, despertó un fuerte interés de priorizar temas que hablaran de colectividad, tales como con quiénes nos identificamos, con qué propósito realizamos las acciones diarias en beneficio de otras personas, tener la necesidad de tomar los conocimientos propios a disposición y servicio de una comunidad para así generar lazos que sean de un amplio beneficio para las y los integrantes de un grupo social. Es

aquí cuando la vida personal se enlaza con las vivencias que se experimentan con un grupo en el que existen inclinaciones o posiciones en común.

**Cínicas** nació con el objetivo de diseñar un objeto editorial de narrativa visual ilustrada, que expusiera y confrontara los comportamientos patriarcales presentes en las relaciones amistosas entre mujeres, principalmente las enmarcadas en la competencia. Esto, a través de la indagación sobre cómo algunas conductas dentro de estos lazos sociales representan un limitante para la emancipación de los sistemas de dominación. Este proyecto generó **posibilidad** de apropiarse de la rabia y de la fuerza de estas mujeres al cuestionar preceptos, sin importar de donde vinieran, incluso del movimiento feminista con el que nos identificamos. Fue fundamental vincular los conflictos a personas reales, ponerles rostros a esas realidades que otras sostienen. Con todo, el cinismo del mundo sigue al margen, habitando lugares «incómodos», aun en un contexto tan complejo como lo es una pandemia mundial.

Puedo concluir que los proyectos resultantes al encierro y a la distancia con otras y otros fueron necesarios para que surgiera ese interés, esa llamada a involucrarnos en la vida ajena que es también colectiva, donde lo personal es siempre político. Surge así esta necesidad que inherentemente se involucra con la construcción de tejido social. Las imágenes que nos habitan en un contexto dado son el reflejo de esos factores que se deben replantear, el tiempo lineal como lo conocemos y la percepción de «lo que es real», lo físico y lo tangible, se desdibujan al generar conexión con otras dimensiones, donde la interpretación de las situaciones logran propiciar espacios de diálogo y nuevas herramientas para conjuntamente darle sentido a todo esto.

